

LA PROMESA

Mónica Arranz

LA PROMESA MÓNICA ARRANZ



Capítulo 1

LA PROMESA

7:00

Suena la alarma del móvil. La apaga, se da la vuelta a la derecha para dar paso a un último sueño antes de la hora definitiva. Cree que han pasado un par de horas, pero la segunda alarma suena a las 7:30.

Se estira aún en la cama pero esta vez si se levanta, sabe que hoy es "EL DÍA"; suficientemente planeado hasta el más mínimo detalle, tan esperado, que la emoción se apodera de él y da un salto para comenzar a ejecutar el guión.

Debe estar arreglado para la ocasión, así que primero se afeita, se da una reconfortante ducha caliente, se peina y comienza a vestirse con la ropa que tiene lista desde hace cuatro semanas.

La elección fue difícil porque quería que su aspecto fuera lo más natural posible, que nada en su apariencia resultara sospechoso. Se pasó toda una mañana probándose distintas combinaciones; esta seguro de que su imagen quedará grabada para la posteridad, al observarse en el espejo de cuerpo entero, se da por satisfecho: bien peinado, pulcro, sobrio, colores neutros, ni demasiado informal ni demasiado formal.

Siempre desayunaban juntos, estaban de acuerdo con la teoría de que el desayuno es la comida más importante del día, hoy con mayor razón su cuerpo debía nutrirse para conseguir el soporte necesario para cumplir con su promesa. Zumo de naranja mientras se prepara el café, tostadas y huevos revueltos.

En su despacho tiene lista la carpeta con toda la documentación; los temas notariales son siempre incómodos por lo cual se tomó el tiempo necesario para hacer todo anticipadamente, pensó que era mucho mejor no dejar nada al azar, ninguna omisión, ningún cabo suelto que permitiera dudar; las sorpresas en éste tipo de escenarios son, prácticamente siempre, desagradables.

Capítulo 2

8:30

El tren pasa a las 9:15, lo mejor es ir en el coche hasta la estación, seguramente encuentre sitio cerca de la puerta. Luego solo es andar cinco minutos.

Mientras cierra la puerta del piso, escucha pasos y voces de chicos bajando. La algarabía propia de los adolescentes se apodera del rellano; siempre aglomerados como miembros de un rebaño, con mucha energía para cualquier cosa menos para estudiar, con planes para cada fin de semana, para cada tarde. Eso sí, nada más allá del próximo verano. La vida pasa tan rápido...

Al verlos bajar inevitablemente se transporta a esa etapa de su vida, ahora tan lejana, que vista desde sus 50 años fue tan proporcionalmente feliz a su inconsciencia. Su mayor responsabilidad consistía en no suspender demasiadas asignaturas para evitar las represalias de sus padres. Tal vez por la importancia que reviste el día de hoy, su mente divaga por esos lejanos días de juventud mientras se dirige al coche. ¡Qué daría a cambio ahora mismo para no tener que cumplir con su promesa!

Desde hace unos años juega un juego consigo mismo consistente en recordar momentos de decisiones cruciales a lo largo de su vida en los que imagina distintos resultados según tomara rutas alternativas.

Empezó a hacerlo de vez en cuando, en momentos de reflexión, pero el último año se había convertido en una verdadera manía. Tal vez sea una idiotez, pero a veces lograba el objetivo de ganar tiempo de paz en su interior. Algunas decisiones finalmente habían sido las acertadas, sin duda las volvería a tomar si regresara en el tiempo. Pero otras veces, el juego se tornaba en ideas obsesivas al imaginar lo que hubiera podido suceder tomando las otras vías. Analizaba una y otra vez el porqué, cuándo y cómo lo hizo. Se culpaba de los errores y aunque sabía que no valía para nada ese remordimiento, lo rumiaba una y otra vez.

Cualquier decisión que se toma en cualquier momento de la vida, ya sea de índole trivial o más trascendental, seguramente se podría mejorar si se analiza desde la distancia y tranquilidad que solo nos da el tiempo; de ahí el anhelo colectivo que aparece en tantas historias de ficción: la "Máquina del tiempo", que nos permitiría enmendar las malas decisiones. En la vida real, esas decisiones, se toman en la mayoría de los casos, en fracciones de segundos, durante la rutina diaria son cientos de "diminutas" decisiones que te llevan por el recorrido como un autómata; no alcanzas a

revisar conscientemente los pros y contras inherentes a ellas quedando así el resultado obtenido te guste o no. Por fortuna, también vivimos otras situaciones en las cuales si que se tiene ese margen de análisis, en ese caso, si tienes el tiempo a tu favor, puedes, teóricamente, optar por la mejor elección para cumplir tu objetivo. Al planear desde unos meses atrás el día de hoy, esta reflexión surgía constantemente en su cabeza: trataba de convencerse a sí mismo de que hacía lo correcto y de la mejor forma posible. Su parte lógica del cerebro se lo gritaba siempre, pero esa parte irracional que crecía en su interior, impedía que se apartara de su torturador juego mental.

Llegó a la estación conduciendo en piloto automático, tan absorto estaba con sus pensamientos que cuando aparcó, se sintió como despertando de un sueño.

Iba perfectamente sincronizado con su plan de acción, eran las 8:57, cogió su maletín y se acercó a la máquina expendedora de billetes. Subió la escalera mecánica que lo conducía al andén y leyó la información de su tren en la pantalla.

Capítulo 3

9:15

A la hora programada se subió al tren, encontró un buen sitio al lado de la ventanilla pasando un par de vagones hacia delante. Ahora frente a él está una mujer mayor que llevaba cascos, así que seguramente no es de las que buscan tema de conversación con cualquier desconocido. Reconoce esa incómoda costumbre por su madre; la mujer tiene tantas ganas de hablar desde que perdió en el camino a su marido y sus dos mejores amigas, que puede conversar con cualquier persona que esté a su lado más de cinco minutos.

El trayecto le llevaría una hora aproximadamente, 16 estaciones que dan lo suficiente para perderse de nuevo en su juego mental, leer un poco o simplemente observar a su alrededor. Decide tomar la tercera opción, sin embargo, para sus adentros en fracciones de segundo imagina algunas opciones más, inmediatamente se centra en la mujer de los cascos para no engancharse de nuevo en el ejercicio de elegir opciones y alternativas eternas para cada escenario que le propone la vida.

Llega a la siguiente parada y se suben pocas personas, tres hombres con ropa de trabajo, una chica muy joven cuya mochila avisa que ya debería estar en clase, (quién sabe a dónde irá); y una mujer mayor cuya silueta le es familiar. Se frota los ojos como acto reflejo porque la sorpresa es tan grande como significativa, su corazón empieza a galopar de repente, la respiración se acelera; la sangre se sube rápidamente a su cabeza quemándole la cara.

A pesar de tener todo planeado con detalle, es consciente de que hay cabos sueltos que pueden descolocarlo momentáneamente para continuar con su riguroso plan. Tal vez por eso su obsesión se ha acrecentado en los últimos meses, ya no solamente se planteaba las diversas rutas alternas de sus propias decisiones, sino que también imaginaba posibles dificultades ajenas a su voluntad que le podrían hacer perder tiempo o desviarse en algún momento del plan elegido.

Y aquí llegó uno de esos obstáculos imaginarios, solo que justamente éste en particular, jamás lo anticipó: llevaba cinco años sin ver a su tía Amalia.

Decidió irse a vivir a un pueblo al norte, huyendo del sufrimiento. Venía muy poco a la ciudad, solo ocasionalmente visitaba a sus hijos. Su

relación actual era básicamente telefónica: se felicitaban mutuamente los cumpleaños, navidades, año nuevo y poco más. Después del nefasto día del accidente, su relación nunca volvió a ser igual. Todo lo que en su niñez y juventud los unió terminó convirtiéndose en una recopilación de lejanas anécdotas que pertenecían a otra vida.

Aunque había considerado muy probable que durante el trayecto se encontrase con alguien conocido, entre las múltiples opciones planteadas durante su obsesiva planificación jamás pensó en la tía Amalia. En cuanto se subió al tren un par de paradas después, lo reconoció de inmediato y empezó a caminar hacia él lo más rápido que le permitían sus débiles piernas. Su voz en cambio, no era nada débil; pocos de los pasajeros se perdieron el inesperado reencuentro de tía y sobrino, con abrazos, besos y llanto emocionado incluido.

No le quedó más remedio que levantarse a su encuentro y sentarse a su lado. Tras las primeras formalidades, le informó a voz en cuello que iba a un desayuno con antiguas amigas aprovechando su estancia en la ciudad. Él le informó a su vez que tenía un compromiso muy importante y se prometieron una llamada al día siguiente para concertar una cita para comer o cenar juntos. Para ser sincero consigo mismo, la nostalgia de los buenos tiempos lo invadió momentáneamente.

Menos mal que el inoportuno desayuno de las señoras era a solo tres paradas más, porque ese encuentro inesperado había logrado ponerlo nervioso al punto de encajarlo como un golpe bajo del destino, que le advertía a gritos, como la voz de su tía, sobre las consecuencias de sus actos durante las horas siguientes.

Después de un abrazo a modo de despedida, continuó su camino tratando de restarle importancia al encuentro inesperado. Ya había tomado las decisiones pertinentes, ya había decidido que estaría solo cuando afrontara el momento, ya no había espacio para dudas ni mucho menos para vías alternas, se convenció de que simplemente era un hecho aislado que no tenía porqué cambiar todo.

Siguió subiendo y bajando gente a su alrededor, sus voces llegaban a él codificadas, no entendía ninguna conversación concreta, lo único que entendía claramente era el anuncio de la parada siguiente. Durante el resto del trayecto no quiso pensar demasiado, solo dejaba que sus sentidos le transmitieran datos aleatorios sobre su entorno: un perfume de mujer demasiado dulce, olor a sudor y ropa sin lavar, diferentes colores que se mezclaban continuamente, imágenes publicitarias en cada estación; en fin, la siguiente era su parada.